

Política, guerra y religión. Un viejo y renovado conflicto

(Ponencia presentada en las IX Jornadas de Filosofía en el Seminario Santa Rosa de Lima por el Rector de la UCAB, Francisco José Virtuoso SJ, el 20 de enero de 2016)

La historia de la humanidad ha demostrado que política, guerra y religión son componentes que fácilmente pueden articularse a favor de la dominación de unos sobre otros. Cuando el núcleo central del concepto de política es el poder entendido como capacidad de imponer, la guerra se convierte en su correlato casi natural. Como bien decía Clausewitz, la guerra es la continuación de la política por otros medios. Un autor más contemporáneo, Foucault, dirá que la política es la continuación de la guerra por otros medios.

La tradición occidental, también cuenta con otra versión de la política, en la que el ejercicio del poder, a través de diversas instituciones, no ocupa la centralidad. En la tradición a la que hacemos referencia, representada en el pensamiento clásico griego, de la República romana y de muchos pensadores escolásticos, entre otros, la política es la actividad que da cuenta de la aspiración intrínseca del hombre a vivir en comunidad y *koinonía*. Será la aparición del individuo moderno quien planteará una versión de la política en la que siendo el hombre un lobo para su vecino, no queda otra alternativa que dominarlo mediante la imposición, y que sólo quien garantice el dominio sobre todos, mediante el uso de la fuerza, será capaz de garantizar la paz y la seguridad.

No renunciamos a soñar con otro modo de pensar la política

Soy de los que creo, con Habermas, que es necesario plantearse en el mundo contemporáneo y globalizado que vivimos la vigencia de ese viejo sueño, una concepción de política en la que lo básico es la constitución del cuerpo social en armonía con sus intereses de paz y bienestar, sin soslayar la dura crítica de la Ilustración, la deconstrucción que la modernidad ha hecho de los antiguos paradigmas y las terribles contradicciones de la convivencia humana en la contemporaneidad.

Me refiero a la pretensión de pensar en sociedades con un marco institucional que garantice eficientemente la existencia de un espacio público dinámico en el que

todos tengan la oportunidad construir discursos, exponerlos, confrontarlos, ponerlos en diálogo y obtener consensos gracias a la multiplicidad de prácticas comunicacionales autónomas y eficientes, ascendentes y descendentes: construir *koinonía* desde el autogobierno de la razón deliberativa. Entendiendo como deliberación aquella actitud básica de cooperación social, que consiste en la apertura a dejarse persuadir por razones relacionadas con los derechos de los otros al igual que con los derechos de uno mismo. El marco institucional para ello lo aporta tanto el derecho positivo que regula deberes y derechos, creando las condiciones efectivas de igualdad jurídica, y, conjuntamente con ello, la existencia de condiciones reales de equidad social que garanticen inclusión.

Se trata de pensar en sociedades auténticamente democráticas, en donde la igualdad política y social sea condición real de participación y cooperación, en donde la razón guíe la acción, desde la corresponsabilidad compartida. En la actualidad, el sueño se nos complica pues será necesario pensar no sólo en sociedades aisladas, sino en conjuntos humanos que se relacionan a través de la dinámica de la globalización.

Religión y política

Este sueño de sociedad, local y global, es legítimamente cristiano. Los cristianos entendemos que la relación con Dios, la experiencia religiosa, la trasmisión de la fe y la presencia de la acción de las Iglesias de los creyentes en el mundo está perfectamente en sintonía con el sueño de una democracia plena, en donde las personas puedan autogobernarse por la razón, siendo capaces de encontrarse consigo y con los otros.

Las tergiversaciones que el cristianismo a largo de la historia de la Iglesia ha suministrado para legitimar la acción política como dominación, y a la guerra como su correlato necesario, son simple y llanamente una mundanización del cristianismo.

Hay dos hitos fundamentales que en la modernidad han servido para recuperar el aporte cristiano a una concepción de la política más cónsona con el Evangelio. El primero se refiere a los aportes que hizo el pensamiento ilustrado sobre el tema de la tolerancia y la separación entre Iglesia y Estado. Fue una polémica agria y dura, que sirvió para liberar al cristianismo, y en general a la religión, cualquiera sea su forma, de sus pretensiones teocráticas y de imposición heterónoma de la verdad y la moral en el

ámbito público. El otro gran hito fue el Concilio Vaticano II, donde la Iglesia reconoce la autonomía del mundo, el aporte de la modernidad y su misión de servicio en comunión y acogida.

Siendo éste un ámbito en el que estamos reunidos cristianos que compartimos la visión del Concilio y entendemos nuestra participación en política desde su perspectiva, conviene revisar la fundamentación de esa visión desde el mismo Evangelio.

De cómo en Jesús los cristianos tenemos un paradigma clave para entender la correcta relación entre política y religión

Hay que comenzar diciendo que Jesús no fue un político, en el sentido técnico en el que se puede entender esta palabra hoy: no buscó forma alguna de ejercicio de poder, entendido como dominación sobre otros. El Evangelio cuenta que huyó en aquellas ocasiones en las que la muchedumbre que le seguía, entusiasmada con sus signos mesiánicos, intentó hacerlo rey (Jn. 6, 14-15). Pero al mismo tiempo, es un hecho que lo mataron por la relevancia de la dimensión política de su misión que, entre otras cosas, cuestionaba la actuación de los representantes de las formas de dominación establecidas. Murió acusado de blasfemo en una sociedad teocrática y de subversivo frente al imperio.

Jesús fue un gran crítico del poder político. Alertó sobre su uso despótico y sobre la hipocresía de sus representantes, que se hacen llamar bienhechores del pueblo mientras lo oprimen (Lc. 22, 25-26). Puso de manifiesto entre sus discípulos el carácter diabólico –división, ruptura– que entraña la ambición de poder (Mt. 20,20-28). Desenmascaró la permanente reivindicación que hace para sí el poder de ser considerado como absoluto en sí mismo. (Jn. 19, 10-11; Mt, 22,17). Sin embargo, es durante su pasión, en su enfrentamiento con el poder, que Jesús devela el rostro demoníaco de éste. Por su propia constitución y ambigüedad, el poder político puede matar al justo y al inocente.

Jesús vino efectivamente como Mesías, pero no como Mesías davídico, es decir, como un rey con su aparato militar y su organización estatal. Fue visto como un profeta, como un sabio, como un maestro, como un taumaturgo, y algo tuvo de todo eso. Pero

fue fundamentalmente el que anunció el reinado de Dios y lo hizo presente: en la fecunda fraternidad de Jesús, Dios se entregaba incondicionalmente al pueblo como Padre y pedía al pueblo corresponderle viviendo con la confianza de hijos, expresándola en la constitución de una existencia fraterna. De este modo, su proyecto, aunque implicaba necesariamente consecuencias políticas, iba más allá de ellas, reubicando lo político como una dimensión de un proyecto mayor, más amplio y trascendente.

En efecto, se encontró una masa desperdigada, sobrecargada y desesperanzada, y la levantó de su postración, la convocó como pueblo y la movilizó alrededor de sí. Fue un verdadero dirigente porque no se levantó sobre el pedestal del pueblo masificado, sino que lo ayudó a crecer como personas responsables y corresponsables. Su movimiento tuvo una tremenda dimensión política. Pero ese peso fue incomponible precisamente porque no aspiró a sustituir a las autoridades. No fue ni quiso ser un político. A diferencia del Moisés bíblico o el Mahoma de la historia, no elaboró un *corpus* legal ni organizó un Estado.

Él supuso que debían existir estructuras societarias, pero también que en ellas no se jugaba lo decisivo. No eran sagradas. Si las autoridades se mantenían en su campo propio, eran necesarias y convenientes. Pero si pretendían una trascendencia que no poseían, eran muy dañinas. Terminaban, como denunció Jesús, oprimiendo a la gente y haciéndose llamar bienhechoras. Por eso no debían sacralizarse sino someterse, así insiste Pablo, al imperio de la ley, una ley concebida para proteger al que obra bien y castigar al que obra mal, y sobre todo para disuadirle de que lo haga. La situación se torna mucho más grave cuando las autoridades respaldan y sacralizan un sistema económico inicuo. En esa situación mantener la libertad responsable tiene un precio tan alto que puede costar la vida.

Es muy revelador que las autoridades religiosas acusaron a Jesús ante las autoridades políticas de que agitaba al pueblo contra ellas, sabiendo que era mentira, y las autoridades políticas lo ejecutaron como Mesías político, a sabiendas de que no constituía ningún peligro militar. Según el cuarto evangelio, al ponerse de espaldas a la verdad, no se basaban en la justicia y al fin prevalecieron las componendas entre poderes, para no verse puestos en evidencia por el que se presentaba como testigo de la

verdad y hablaba abiertamente donde se reunían todos. Los que sólo admitían súbditos, quitaron del medio al que venía a hacer un mundo de hermanos.

Recapitulando: desde la práctica de Jesús podemos señalar varios aspectos claves en la relación política y religión:

La no sacralización de la política (ideologías, aparatos de poder, formas de dominación, liderazgos, etc.) desde la religión, al contrario, la verdadera experiencia religiosa implica situarse desde la libertad de la trascendencia frente a ella.

La acción política es una dimensión del proyecto de humanidad, un medio para ello, no un fin en sí mismo. Reubicar lo político como una dimensión de un proyecto mayor, más amplio y trascendente.

Desde ese proyecto mayor se puede exigir a la política su verdadera vocación, que no es otra que el servicio.

El cristianismo tiene una clara dimensión política, no sólo en cuanto crítica o relativización, sino en cuanto propuesta positiva: Hay como en Jesús un mesianismo cristiano, que no es otra cosa que la convocatoria, movilización, activación hacia la dinamización de la misericordia y la solidaridad, de la comunión, de la justicia, de la verdad, haciéndose cada uno sujeto, cargando cada uno consigo mismo, desplegando todas sus posibilidades.

Una mirada al mundo actual basta para comprobar que las religiones, al menos las más desarrolladas (el cristianismo, el islamismo y el judaísmo), están sirviendo de soporte para la guerra y el terror que devienen de diversos intereses en pugna por imponerse y dominar. Lo que implica una clara desviación de su vocación inicial. Al respecto es importante recuperar la lección del papa Ratzinger en Ratisbona, el 13 de septiembre de 2006, cuando habló sobre la vocación natural de las religiones por la justicia y la paz, cuya realización depende de la correcta articulación entre fe y razón. Cuando este diálogo falta, se presentan las patologías de la razón y de la religión (irracionalidad, fanatismo, fundamentalismo).

Al respecto es muy interesante escuchar las conclusiones a las que arribó el Papa Ratzinger en la lección aludida:

La teología auténtica, es la ciencia que se interroga sobre la razón de la fe. Sólo así puede entablar un auténtico diálogo entre las culturas y las religiones, un diálogo que necesitamos con urgencia.

En el mundo occidental está muy difundida la opinión según la cual sólo la razón positivista y las formas de la filosofía derivadas de ella son universales. Pero las culturas profundamente religiosas del mundo consideran que precisamente esta exclusión de lo divino de la universalidad de la razón constituye un ataque a sus convicciones más íntimas. Una razón que sea sorda a lo divino y que relegue la religión al ámbito de las subculturas, es incapaz de entrar en el diálogo de las culturas. Con todo, como he tratado de demostrar, la razón moderna propia de las ciencias naturales, con su elemento platónico intrínseco, conlleva un interrogante que la trasciende, como trasciende las posibilidades de su método.

La razón moderna tiene que aceptar sencillamente la estructura racional de la materia y la correspondencia entre nuestro espíritu y las estructuras racionales que actúan en la naturaleza como un dato de hecho, en el que se basa su método. Pero de hecho se plantea la pregunta sobre el porqué de este dato, y las ciencias naturales deben dejar que respondan a ella otros niveles y otros modos de pensar, es decir, la filosofía y la teología.

Para la filosofía y, de modo diferente, para la teología, escuchar las grandes experiencias y convicciones de las tradiciones religiosas de la humanidad, especialmente las de la fe cristiana, constituye una fuente de conocimiento; no aceptar esta fuente de conocimiento sería una grave limitación de nuestra escucha y nuestra respuesta.

Aquí me vienen a la mente unas palabras que Sócrates dijo a Fedón. En los diálogos anteriores se habían referido muchas opiniones filosóficas erróneas; y entonces Sócrates dice: “Sería fácilmente comprensible que alguien, a quien le molestaran todas estas opiniones erróneas, desdeñara durante el resto de su vida y se burlara de toda conversación sobre el ser; pero de esta forma renunciaría a la verdad de la existencia y sufriría una gran pérdida”.

Occidente, desde hace mucho, está amenazado por esta aversión contra los interrogantes fundamentales de su razón, y así sólo puede sufrir una gran pérdida. La valentía para abrirse a la amplitud de la razón, y no la negación de su grandeza, es el programa con el que una teología comprometida en la reflexión sobre la fe bíblica entra en el debate de nuestro tiempo. En el diálogo de las culturas invitamos a nuestros interlocutores a este gran logos, a esta amplitud de la razón...

Una mirada al mundo actual

Estamos en guerra. Una tercera guerra mundial por etapas ha dicho el Papa Francisco recientemente. Lo que pudiera parecer una exageración en favor de la retórica, desgraciadamente no lo es. Una simple mirada exploratoria al mapa geopolítico mundial puede detectar que la casi totalidad de los países de Oriente Medio (Siria, Irak, Turkía, Líbano, Palestina/Israel, Yemen), una buena parte territorio africano (Libia, Afganistán, Somalia, Nigeria, Níger, Chad, Camerún), en regiones del oriente (en el norte de Pakistán con la India, Mar norte en China) se desarrollan graves conflictos bélicos o padecen graves tensiones a punto de estallar. Todos estos conflictos tienen repercusiones globales.

En estas tensiones se mezcla una complejidad endemoniada: la presencia del Estado Islámico (en donde se unen fundamentalismo religioso y terror), guerras civiles, reivindicaciones históricas, intervencionismo imperialista y rivalidades de las grandes potencias. En el caso del Oriente Medio y de África central y del norte, se verifica una nueva recomposición del mundo árabe y del Islam.

En estas tensiones, la mayoría de los conflictos exigen una actuación a varios niveles -entre las grandes potencias, en la esfera local y regional-, y ninguno tiene una solución rápida. Las dificultades de poner fin a conflictos en plena agitación hacen que sea todavía más urgente proporcionar ayuda humanitaria y mitigar el coste humano de la violencia, como han dejado muy patente los cientos de miles de refugiados que han huido hacia Europa en el último año. Además, los Estados deben redoblar sus esfuerzos para forjar acuerdos políticos y aprovechar las más mínimas oportunidades de compromiso.

Está, además, el problema del terrorismo del Estado Islámico, de Al Qaeda y los diversos grupos vinculados a ellos, que no sólo han reivindicado la guerra santa sino el terrorismo como forma de guerra mundial. Se trata de grandes y poderosos ejércitos, que utilizan las formas mediáticas y el desarrollo tecnológico contemporáneo, que se infiltran en los países creando sus bases de operación en diversos escenarios. Lo que los convierte en monstruos de guerra para los cuales la humanidad no está preparada.

Ante el horror de la guerra, la respuesta ha sido el desplazamiento forzoso de pueblos enteros en búsqueda de seguridad y de los bienes más elementales para la subsistencia. Las grandes migraciones se dirigen hacia el norte desarrollado y éste se defiende alzando sus muros de protección, con lo cual se ha generado una suerte de nueva forma de guerra, en la cual mueren a diario miles de personas. Dentro de esas grandes migraciones se encuentran los refugiados, que huyen de la persecución en búsqueda de seguridades básicas.

En la actualidad se enfrenta también otros tipos de guerra, distintos del convencional. Uno de ellos es la guerra del narcotráfico que afecta de manera especial a regiones como México, Colombia y Centroamérica. Súmese a ello también las diversas formas de negocio ilícito que mueven grandes cantidades de recursos, cuentan con poderosas redes y capacidad de penetración de las estructuras formales de las sociedades en diversos ámbitos.

Nuestro tiempo es el de una gran contradicción

Por una parte, asistimos al despliegue de la era globalizada, en donde por primera vez, en toda la historia de la humanidad, esta categoría dejó de ser una entelequia para convertirse en una entidad con sentido. Efectivamente, todos los hombres y mujeres de la tierra están hoy en condiciones de hacer suyo el mundo en toda su extensión, de intercambiar bienes, servicios, información, saberes culturales, de conocerse e interactuar simultáneamente. Y a la vez, vivimos en una conflagración que pareciera estarse escalando progresivamente en diversos conflictos: entre Occidente y los fundamentalismos islámicos; entre los fundamentalismos nacionalistas con sus Estados; entre los ejércitos del narcotráfico y el negocio ilícito con los ejércitos y

policías establecidos formalmente; entre modelos de desarrollo; entre ideologías; entre razas e identidades culturales.

En la era de la globalización lo que se está fraguando no es la casa común de todos, el encuentro de la humanidad consigo misma en su gran diversidad de lenguas, razas y culturas, sino el desencuentro, el conflicto y la exclusión, cuya expresión general es la guerra, que progresa vertiginosamente bajo distintas modalidades, con las consecuencias de siempre: el sufrimiento sin sentido. Nos horroriza pensar que la crueldad de la que es capaz el ser humano sea lo que termine imponiéndose entre los hombres, sean éstos musulmanes o sirios que huyen a una Europa que le es ajena, o vecinos colombianos convertidos en apenas un instante en enemigos.

La guerra

De las guerras podemos decir mucho, pues no hay época del mundo que no las haya conocido. Pero quedémonos con algunas pocas lecciones:

En las guerras campea la razón de Estado. Las guerras son actos públicos, pero las decisiones son las del soberano en guerra que representa la voluntad general como si fuera la suya propia. Por ello las guerras las hacen los soldados en nombre de las naciones.

En las guerras, la primera baja es la verdad. La lógica de la guerra es evitar que quien se considere enemigo conozca información veraz. Hay que engañar siempre y por principio.

En las guerras, la máxima es la polarización: “Quien no está conmigo está contra mí”, ésa es la consigna de los bandos que se enfrentan por la supremacía y en donde las opciones intermedias quedan descartadas y son denunciadas por cada bando, acusadas de ser formas encubiertas del bando contrario.

En las guerras todo se sacrifica por el objetivo a lograr, especialmente la vida, la dignidad y los derechos.

Las guerras generan terribles diásporas. La migración forzosa forma parte de ella de manera indisoluble.

Las guerras ponen el futuro en suspenso. Por una parte son una catástrofe que obliga a reinventarlo, por la otra son un cese del tiempo histórico, una disolución general que obliga a resituarse y a reubicarse.

Revolución civilizatoria

La globalización que vivimos requiere una profunda transformación, si no queremos que la guerra extendida sea su consecuencia progresiva e indetenible. Quizás lo más evidente que se necesita es que los organismos internacionales fortalezcan su capacidad de gobernabilidad de un mundo mucho más complejo al que los vio nacer en los años de la postguerra. Se requiere igualmente repensar la hegemonía cultural de Occidente sobre las culturas emergentes, la diversidad religiosa, las aspiraciones étnicas, las exigencias de reconocimiento de diversos grupos sociales que han padecido marginamiento y exclusión. Se requiere repensar los modelos de desarrollo, buscando la sostenibilidad, la sustentabilidad y la inclusión, no sólo nacional sino global.

Este mundo necesita dar paso a una auténtica revolución civilizatoria, en donde se establezcan nuevos parámetros de comprensión y relación, de producción e intercambio, de gobernabilidad global, de tolerancia. En esos cambios que están por fraguarse hay que incorporar los bienes civilizatorios que la humanidad ha producido: la vigencia de la democracia, la exigibilidad de los derechos humanos, la justicia distributiva y la sustentabilidad. Todo ello forma parte de largas lecciones aprendidas para la convivencia que la humanidad debe como un todo asumir.

Política y religión: una nueva alianza necesaria para combatir el flagelo de la guerra y el terror en nuestros días

El papa Francisco ha propuesto la necesidad de una decidida movilización general en todo el mundo de los medios de seguridad, la policía y las fuerzas de inteligencia para combatir el terror. Convocar a todos los actores: políticos y religiosos, nacionales e internacionales. Una respuesta espiritual positiva ante la maldad. Educar

contra el odio. Los musulmanes deben ser parte de la solución: la profundización del diálogo ecuménico entre las grandes religiones que están en el epicentro de las culturas en conflicto. La misericordia es la más grande y decisiva contribución que los cristianos pueden ofrecer para la paz del mundo. Recuperar la correcta articulación entre fe y razón para hacer frente a las patologías de la razón y la religión cuando actúan de espaldas entre sí: irracionalidad, fanatismo, fundamentalismo.

La guerra y la política en la Venezuela de nuestros días

En Venezuela existe una situación lamentable de polarización y confrontación política, cuyo ritmo aumenta o disminuye de acuerdo con las diversas coyunturas por las que atravesamos. Pero más allá de las circunstancias, la verdad es que esta situación tiene raíces históricas profundas, particularmente en lo que tiene que ver con el desconocimiento sistemático del otro, y con la acumulación de grandes desigualdades y procesos de exclusión social que inoculan a la sociedad la sensación de que en el actual estado de cosas resulta cuesta arriba el progreso personal y familiar, es decir, que sólo una parte de ella tiene derecho real a la justicia y a la distribución de los beneficios sociales de la riqueza del país. Hay, entonces, dos razones para el desencuentro nacional, que apalancan la actual situación de conflicto: una de naturaleza netamente política, y otra mucho más profunda, sensible y usualmente desestimada, que hunde sus raíces en la desigualdad y la exclusión, de las que la mayoría de los venezolanos se sienten víctima. Mientras haya sólo unos pocos que tengan mucho y demasiados que tengan muy poco, esas razones no desaparecerán.

Ninguna sociedad, polarizada a los niveles en los que actualmente está la venezolana puede, al mismo tiempo, cultivar la convivencia, y de no superarla tendrá siempre grandes dificultades para la práctica de valores propios de la democracia, como la tolerancia, el respeto mutuo y el reconocimiento de la diversidad, y será ambiente propicio para limitaciones en el ejercicio pleno de derechos fundamentales que están consagrados en la Constitución de la República, especialmente los atinentes a la vigencia, sin cortapisas, de los Derechos Humanos y el acceso igualitario a los recursos y servicios del Estado, particularmente, a la justicia. Esta situación debe ser superada prontamente, para que este país pueda reconciliarse consigo mismo y conjurar los peligros de la violencia, el caos y la desinstitucionalización total.

En la actualidad, el clima de violencia, crispación y confrontación se agudiza, poniéndonos en estado de pre- guerra civil. Padecemos una crisis de carácter sistémico que abarca toda la vida de la sociedad. Sus indicadores más elocuentes se visualizan en los aspectos de orden económico y social. El año 2015 nos dejó con una inflación que fácilmente superará el 170%, una caída del PIB del 10%, un índice de desabastecimiento del 80%. Los niveles de pobreza de ingreso cubren al 80% de la sociedad y la capacidad de prestación de servicios del Estado se ha reducido drásticamente en una sociedad cada vez más dependiente de su auxilio.

El gobierno nacional y sus aliados pregonan que las causas de esta situación hay que buscarla en la guerra económica que los enemigos internos y externos de la nación han protagonizado, frente a lo cual se impone un estado de emergencia económica y social que requiere de mayores controles estatales y discrecionalidad de acción.

A nivel político, la dinámica que se ha impuesto es la del no reconocimiento de la oposición y del malestar generalizado, lo que implica mayor confrontación y crispación.

A nivel social, crece la incertidumbre y el malestar, con el consiguiente crecimiento de diversos síntomas de anomia, búsqueda de salidas individuales, desarticulación del cuerpo social, etc.

En los últimos años, se han incrementado los índices de diversas formas de criminalidad. En el mes de diciembre de 2015, el Observatorio Venezolano de Violencia nos sorprendió con las cifras que reportaba. El estimado del Observatorio para 2015 es de 27.875 muertes violentas y una tasa de 90 fallecidos por cada cien mil habitantes. Señala el informe, que junto a El Salvador ocupamos el primer lugar en América latina en el índice de violencia. Es interesante reseñar lo que señala el Observatorio en cuanto a las causas de este incremento en las cifras de violencia. El primero factor es una mayor presencia del delito organizado, en segundo lugar, se ha observado un mayor deterioro de los cuerpos de seguridad del Estado. Se registra también un incremento de las respuestas privadas a la seguridad y la justicia. En tercer lugar, se evidencia una militarización represiva de la seguridad, tanto en sus posiciones de mando como en el

tipo de acción emprendida. En cuarto lugar, se observa que el empobrecimiento de la sociedad, acompañado de la impunidad generalizada, ha significado un estímulo a diversas formas de delito, no necesariamente violentos, pero que abonan el terreno de los comportamientos transgresores de la norma social y la ley, que luego serán causa de violencia. Finalmente, considera el estudio que la destrucción institucional que padece el país es el factor explicativo más relevante del incremento sostenido de la violencia y el delito. La institucionalidad de la sociedad, en tanto vida social basada en la confianza y regida por normas y leyes, se diluye cada vez más ante la arbitrariedad del poder y el predominio de las relaciones sociales, basados en el uso de la fuerza y las armas.

No quiero terminar estas notas evocando mis obvios deseos positivos sobre este padecimiento. Simplemente me atrevo a decir que la Iglesia en Venezuela está ante un gran reto: contribuir a superar la confrontación, la polarización, el ambiente de guerra que padecemos construyendo puentes de entendimiento en todas las direcciones, lo que implica desarrollar una inmensa capacidad de inserción y de interlocución en la sociedad venezolana, desde la afinidad compartida de las exigencias de nuestra fe.